

Mónica Beatriz
Lacarrieu

Directora Programa
Antropología de la Cultura,
Instituto de Ciencias
Antropológicas, UBA.
Investigadora Independiente
CONICET. Profesora UBA.
mobla@uolsinectis.com.ar

El turismo y la producción de "estéticas del exotismo" y de "estéticas del conflicto" sus vínculos, ajustes y desajustes en el contexto crítico de Buenos Aires*

EL PROPÓSITO de este artículo es analizar el papel del turismo, específicamente el rol estratégico y/o controvertido que se otorga al turismo cultural, en sociedades –como la argentina– donde prevalecen escenarios de coyuntura de crisis socio-económica. Interesa repensar las relaciones contradictorias entre el turista y el ciudadano, entre las prácticas turísticas y las prácticas de la ciudadanía, complejizando dicha relación no sólo mediante la observación de intercambios de reconocimiento y/o conflicto, sino también reflexionando sobre los intentos de visibilización/invisibilización de "territorialidades de conflicto", o bien de "externalidades negativas",¹ en relación con las cuales el turista es colocado en situación de "extranjería (en busca de lo) exótico" frente a ciudadanos que se debaten entre tensiones propias del país y de la ciudad. Desde esta perspectiva, es nuestro objetivo desmistificar y discutir ciertos presupuestos que dominan el campo del turismo cultural: específicamente el que apela al mismo como ámbito estrechamente asociado al exotismo en sociedades acosadas por contextos de crisis socioeconómica, partiendo de que el turismo se observa como industria que, en tanto recurso de la cultura, repercute favorablemente en lo económico y social.

Tales debates serán analizados en función de los vínculos, ajustes y desajustes desarrollados entre el turismo y la ciudadanía en el seno de la producción de "estéticas del exotismo" y de "estéticas del conflicto", en el contexto acotado de la ciudad de Buenos Aires.

Si bien delimitaremos las reflexiones señaladas a la ciudad-capital, y aunque no es nuestra intención focalizar en las políticas y planes vinculados al turismo, es necesario puntualizar en forma sucinta algunas cuestiones referidas a las mismas, considerando su atravesamiento por las dimensiones territorial y temporal, es decir teniendo en cuenta el nivel de la nación como telón de fondo y en contraste con el ámbito urbano. Una primera visión, relativizable por su homogeneidad, indicaría que las políticas del turismo tanto a nivel nacional como al de la ciudad de Buenos Aires estuvieron, en la década de los noventa, marcadas por "estéticas del exotismo" y por cierta filiación entre turismo y cultura. No obstante, una desagregación más fina ofrece ciertos matices: a la aparente ausencia de políticas de turismo a nivel nacional hasta el año 1999,² siguió un "turismo de exotismo y diversión" entre el 2000 y el 2001,³ finalmente reconvertido en la ambigüedad propia de la crisis del año 2002,⁴ entre la recuperación de la identidad nacional y la devaluación de la moneda nacional; mientras ha sido la "estética del exotismo" fuertemente ensalzada por una idea de progreso-éxito la que ha prevalecido en la política local desde 1996, año en que se autonomiza la ciudad, hasta la actualidad –si bien con ciertos matices durante el 2002 y en los últimos tiempos debido a una

* Este artículo retoma resultados del proyecto UBACYT "Cultura y territorio: iniciativas públicas y privadas en patrimonio y actividades culturales en Buenos Aires", así como de la investigación local del proyecto "Culturas urbanas de América Latina y España desde sus imaginarios sociales", coordinado por A. Silva con auspicio del CAB (1999-2003) y que dirigieramos en Buenos Aires M. Lacarrieu y V. Pallini. Asimismo, este texto es una versión revisada y modificada del que se denominó "Turismo cultural: ¿recurso o política? La construcción de estéticas exóticas frente a estéticas del conflicto en Argentina y la ciudad de Buenos Aires", en prensa, en *Espacio y desarrollo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2003.

estrecha articulación que se ha establecido entre la reelección del jefe de gobierno de la ciudad y el nuevo presidente de la nación, Néstor Kichner—. ⁵ Este contexto permitiría especular con un campo político nacional definido en torno de clivajes diversos profundamente subordinados a los cambios de gobierno y a las políticas económicas de los mismos, así como de un ámbito político local marcado por una línea de continuidad, en ciertas ocasiones al margen y distanciado de la coyuntura política y socio-económica nacional.

A partir de los señalamientos realizados y de los objetivos que nos planteamos, surgen algunas preguntas a las cuales intentaremos dar respuesta a lo largo del texto: ¿cómo es posible forjar políticas/planes de “turismo cultural”, cuando las “estéticas de la autenticidad” (Géraud, 2002: 447) son las “estéticas del conflicto”?; ¿cómo recrear “turismo cultural” en épocas en que la devaluación de la moneda es el mayor atractivo “cultural” del país y de la ciudad?; ¿es compatible el conflicto social traducido en la protesta con los discursos y planes orientados a promover a la ciudad y sus partes desde las “puertas abiertas al turismo”?; partiendo del supuesto de que la relación entre turismo y ciudadanía se acepta mejor en países imbuidos en tiempos de paz, ¿es posible el acomodamiento de la relación tensa entre prácticas turísticas y prácticas ciudadanas en un país y su capital proclives al conflicto?

“YO NO PAGO MÁS EL IMPUESTO A SER PORTEÑO...”: UN SET DE ESTEREOTIPOS Y CLICHÉS SÍNTESIS DE IDENTIFICACIÓN

... está el cliché de Gardel, no, no existe... no quiere decir que uno no le pueda reconocer un valor a este personaje, pero creo que hoy, hoy es otra cosa... y una cosa que yo no pago más es el impuesto a ser porteño... yo no pago más impuesto al tonto, entonces, ni pago el impuesto por ser porteño, ni por ser argentino...

Testimonio de residente de clase alta de la ciudad de Buenos Aires.

La elocuencia explícita en la frase del ciudadano: *yo no pago más el impuesto a ser porteño*, está apuntando a esa imagen-síntesis que en forma estereotipada es el producto de procesos históricos y sociales que obviamente resulta de construcciones y reconstrucciones de la misma, pero que en tanto “una” posee “un elevado nivel de control social [con] una nueva fuerza homogeneizadora muy fuerte [y que procura consagrar] la indiferenciación ilusoria de las clases sociales” (Miranda Vieira, 1999:40, n/traducción). El “ser porteño” implica la elaboración cerrada de una imagen compuesta por un set de símbolos condensados en la misma, a la manera de lo que el entrevistado llamó “*cliché*”. Esa imagen es el resultado de un espacio de lucha por imponer, en el sentido de Hall (1985:111, n/traducción), una “cadena de significados” marcada por el valor de lo positivo, pero que debe comprenderse con relación a un contexto histórico determinado –en tanto puede sufrir cambios, así como resignificarse y reactualizarse en el seno de disputas que constantemente son parte del sentido del juego social–. En términos de Fortuna (1995:19, n/traducción), el concepto de “imagen” con relación al turismo “está fuertemente estereotipado y sujeto a dos connotaciones principales. La primera le confiere un sentido de colección de impresiones recogidas a través de las memorias, los escenarios, los símbolos... La segunda connotación... presenta a la imagen como distorsión de la realidad”. Esta segunda conceptualización de algún modo articula la primera en su constitución y es la que contribuye a la exageración de la realidad. Estos sentidos dados a la imagen vinculan al turismo con la “estética de la autenticidad”.

El testimonio presentado al comienzo se ve reforzado por el discurso de una joven de clase media de Buenos Aires, cuando habló de Gardel y el tango:

Gardel es un símbolo que quedó desde hace cien años, como cien, sesenta años hace que el tiempo se murió, sesenta años que el chabón es un símbolo acá; entonces en esa época se le daba más importancia al tango y se identificaba al tango con Buenos Aires. Hoy en día creo que es más una

atracción turística que otra cosa y yo no veo adolescentes, he visto, pero el 98% de los adolescentes que yo conozco ninguno escucha tango; quedó como un símbolo, como decir Maradona, esos símbolos son inmortales, pero...

Ambos ciudadanos son conscientes de ese nivel estereotipado de signos que en su mayoría naturalizan y asumen como "atracciones para el turismo", marcando una distinción entre el menú de símbolos que identifican a Buenos Aires y en algunos casos hasta trasvasan las fronteras de la ciudad, y las expresiones y/o bienes sociales y culturales que efectivamente producen, consumen, escuchan y circulan entre quienes habitan y se apropian de los espacios locales. Los niveles de identificación asumen las características de la imagen postal que, desde hace cien años al menos, se ha constituido en la acumulación de símbolos por excelencia, a fin de "trasvasar sentimientos que se tienen con relación a la ciudad en que se vive [en tanto] objetos de circulación..." (Freshe, 1997: 119, n/traducción). En ese sentido, las tarjetas postales han servido –y aún sirven– en el intento de reflejar reconstrucciones imaginarias selectivas del tipo de imagen que se quiere exponer. En el caso de Buenos Aires han sido un medio civilizatorio, donde el tema predominante –el progreso– ha contribuido a dar forma al que hemos denominado "núcleo duro" de la cultura porteña (Lacarrieu, 2003). Desde que la ciudad inició su proceso de modernización, una colección de ciertos edificios, sitios y monumentos fueron ensamblados para ir definiendo el carácter de esta urbe. El "pintoresquismo" de la imagen a vender transitó, en una primera instancia, entre el monumento, obviamente ya remodelado aunque refiera a la matriz colonial, como la Pirámide de Mayo en la Plaza de Mayo, y el Obelisco, signo por excelencia, casi "objeto único", referencia cultural urbana de la Buenos Aires moderna. Este ícono es uno de los bienes del *set* tanto reconocido como símbolo por los habitantes como por los gobiernos y las empresas privadas. Allá por 1997 el secretario de Planeamiento Urbano del gobierno de la ciudad planteaba que "el Obelisco representa para los porteños y para el extranjero que visita nuestra ciudad *un símbolo* y un lugar brillante desde el cual se puede difundir el turismo... nuestra idea es convertir el lugar en un punto de referencia para el turista..." (Clarín, 1997: 41), en tanto se proponía construir un centro de información para el turismo por debajo del mismo. Llamativamente, el mismo funcionario aludía a la importancia del proyecto en que mejoraría la calidad de vida de los ciudadanos, sin establecer cuál sería el desafío del mismo, al punto que desarrollaría beneficios más allá de la imagen postal que los habitantes le reconocen.

El Obelisco la identifica [a la ciudad], pero por ahí no la diferencia; la identifica con respecto a nosotros, que lo ponemos como punto de encuentro o punto hinchada de fútbol que festeja en el obelisco un campeonato, o que es característico porque el Obelisco está justo en una zona en la que se cruzan avenidas importantes, que es una zona de tránsito y que, bueno, todos alguna vez lo vieron, lo conocen y saben que es el Obelisco y por eso es característico de Buenos Aires, pero para nosotros, si yo pongo una foto nada más del Obelisco, del pedazo blanco de piedra que va para arriba y que tiene una puntita, puede ser este obelisco o puede ser el obelisco de Washington o puede ser cualquier obelisco, no es una cosa que diga uy Buenos Aires si abriendo un poco el plano y mostrando el Obelisco con la 9 de julio, si es algo más característico de Buenos Aires pero no sé si es diferenciador...

...el turista es colocado en situación de "extranjería [en busca de lo] exótico" frente a ciudadanos que se debaten entre tensiones propias del país y de la ciudad

Como señaló un joven de clase media alta residente del barrio Caballito en el oeste de la ciudad: el testimonio expresa algunas cuestiones interesantes al distinguir entre el nivel de identificación legitimado por encima de apropiaciones sociales, al mismo tiempo que lo observa sin rasgos de diferenciación –en su semejanza con el de Washington–, fortaleciendo su referencialidad en las apropiaciones disputadas que sí hacen los habitantes cuando se trata de posicionarlo como “punto de encuentro”, lugar de festejo o de conflicto.

Pero sin duda, como en las postales, el set síntesis de símbolos identificatorios no puede dar cuenta de las apropiaciones, usos y conflictos entre los cuales se desenvuelven y hasta “viven” dichos símbolos. Aunque efectivamente hay un caleidoscopio de diferentes miradas para y del turismo –como ha señalado Urry (1996)–, la síntesis en un menú específico –plasmado en la postal o en la imagen simbólica que circula entre los imaginarios sociales–, implica la selección y la definición de un “tipo de mirar y mirada específico” (Freshe, 1997: 125, n/traducción). Un tipo de mirada que se cristaliza, pero no congela al infinito, integrando en el devenir nuevos símbolos que se supone hablan de la ciudad que queremos identificar. En el caso de Buenos Aires, ese tipo de mirada ha estado dado en primer término por los denominados “símbolos de la modernidad”: desde monumentos hasta edificios modernos, desde la Pirámide de Mayo hasta el Obelisco, a los cuales se han ido sumando otros que en algunos casos, como el tango, supieron ser elementos de la cultura marginal, representativos de sectores asiduos concurrentes de los “arrabales”⁶ de la ciudad.

Como anotamos más arriba, la “cadena de significados” de carácter positivo, en el contexto de procesos históricos y socioculturales, va sufriendo agregaciones, desplazamientos, rupturas, disminuciones de signos, como producto de ese espacio de lucha simbólica ya señalado. No obstante, la cristalización de un set legitimado en determinado momento histórico es más el resultado de quienes detentan poder material y simbólico –el poder público y privado– que de quienes intentan subvertir ese orden impostado –el caso del ciudadano mencionado en primer término se correspondería con ese lugar de la “contestación”–. Quien no quiere pagar más el “impuesto a ser porteño” acota el costo al personaje típico de la ciudad, Carlos Gardel, en consecuencia al tango, como música y baile ciudadano identificatorio. Efectivamente, desde los noventa en adelante, la “cadena de significados” se ha ido reprocesando bajo la inclusión de nuevos símbolos, provocadores de cambios y rearticulaciones que han llevado al desplazamiento cada vez mayor del tango –prohibido hasta los años treinta, con auge en dicha década y hasta los cincuenta, negado a partir de los sesenta y revalorizado hasta el cansancio a partir de los últimos años–, hacia nuevas connotaciones que lo reinvierten de valores positivos –cuestión que como dice Hall (1985: 112, n/traducción), indica que los símbolos no son “exclusiva propiedad de un grupo social particular o de un discurso singular”, es decir que el tango (como otros términos) “...a pesar de sus poderosas resonancias, no tiene una determinada “esencia de clase”–.

La redefinición del set de símbolos porteños incluye la conformación de un “espíritu de lugar” que reorganiza la ciudad e intenta redireccionar la apropiación urbana de la población, “codificando... comportamientos típicos de un “auténtico [porteño]” (Torres R. y Sánchez G., 1996: 171, n/traducción). Así, el “núcleo duro” de la cultura urbana de Buenos Aires pasa a constituirse en base a un estilo de vida propio de la década de los treinta/cuarenta, fundada en un conjunto de mitos, hoy fuertemente reforzados: el ingreso de los inmigrantes europeos de principios de siglo, vinculados a una cultura del trabajo y al nacimiento de la vida barrial en tanto “sentimiento”, y su articulación al tango llorón y nostálgico que Gardel, junto a una serie de divas como Ada Falcón, Tita Merello, Azucena Maizani y otros personajes varones, como Cadícamo, Canaro, Homero Manzi, supieron extraer de los “piringundines” y llevar a los salones y casas de familia, entre las que predominaba un estilo de vida europeo. A este “núcleo duro” se le van subsumiendo determinados lugares de la ciudad, que responden a esas “estéticas del retorno al progreso” por vía de la belleza y de cierto exotismo.

La mayor parte de los ciudadanos que consultamos entre 1999 y 2001 acerca de personajes identificatorios, sitios representativos, músicas simbólicas, entre otras cuestiones,

sintetizaron un set que nos identifica aunque no nos represente cabalmente. Entre ellos ubicaron el Obelisco, el tango, Carlos Gardel, barrios como La Boca, caracterizado por sus colores y conventillos, aunque específicamente en su seno el paseo peatonal Caminito, el centro histórico San Telmo –hoy denominado “casco histórico”–, la calle de las luces y teatros: la Avenida Corrientes, los inmigrantes europeos; incluso en algunos casos encadenando a unos con otros, como por ejemplo, San Telmo con el tango, Gardel con el tango, Corrientes, el Obelisco y el tango, Gardel y su imagen recostada sobre el Obelisco. Y mayoritariamente asimilaron este set a la imagen del “típico porteño” asociado a ciertos rasgos intrínsecos: el compadrito y malevo, el guapo y fanfarrón, el melancólico y nostálgico, el hombrecito gris y quejoso, entre otros. En tanto nivel de identificación pero no apropiable cotidianamente por los ciudadanos, como ya vimos en quien encabeza este tópico, necesitaron distanciarse con frases como “no quiero más pagar ese impuesto”, estos símbolos son *clichés*, estereotipos, o más completamente en el relato de una señora mayor, pobre habitante del barrio emblemático de La Boca, que cuando se le preguntó cuál sería la música identificatoria de Buenos Aires respondió: “para ustedes [es decir los porteños] el tango...para nosotros [los del interior] la cumbia...”. Ella supo nuevamente separar dos niveles, pero esta vez colocando en los habitantes de la ciudad ese nivel estereotipado de identificación, y en los que han venido de afuera el consumo cotidiano de otras músicas más populares. Es este tipo de mirar específico el que ha jugado aún en el contexto de la crisis respecto de los visitantes extranjeros que llegaron a la ciudad con posterioridad a diciembre del 2001. Una turista brasilera comentaba en aquellos momentos que a pesar de la crisis, Buenos Aires seguía siendo la ciudad más *chic*, más bella y bonita, en tanto la cristalización de la imagen le ocluía otras miradas de la misma ciudad –entre piqueteros,⁷ caceroleros,⁸ paneles de metal en los bancos, ahorristas desahorados, cartoneros, etc.–.

Como en las postales, la ciudad define su imagen a partir de “arreglos” que podrán ser espaciales, culturales, sociales (Freshe, 1997: 126). Los “arreglos” tienden a la compresión en un determinado tipo de mirada, resultado de un “trabajo de encuadramiento” de espacios, comportamientos, rasgos que se quieren iluminar frente a otros que se pretenden silenciar. Del direccionamiento de ese mirar intervienen sobre todo quienes detentan mayor poder simbólico y material, pero no sólo el gobierno, sino también privados y ciudadanos, todos apuntando a la recreación de una “ciudad modelo” con “ciudadanos ideales”, excluyentes de otros ciudadanos, quienes quedan entre accesibilidades restringidas del espacio urbano (Torres y Ribeiro, 1996: 172).

Los diferentes programas que desde 1996 en adelante el gobierno de la ciudad de Buenos Aires ha propuesto, prolongan en el tiempo “estéticas del exotismo” y “estéticas de conformidad” hacia una positividad imaginaria de Buenos Aires. “Efecto Buenos Aires” que ha apuntado a la difusión de ciudadanos rubios y blancos, sonrientes y de mucha hospitalidad; los Circuitos Turísticos Autoguiados por los barrios que ya tienen “marca registrada” (como San Telmo, La Boca) y convocan a visitar y recorrer espacios emblemáticos de la ciudad; el programa del año 2002 “Cultura, Turismo y Producción” que ha procurado aunar esa línea junto con la vuelta a la producción, no obstante, en vinculación estricta con el diseño y la estética y no con la industria, son algunos ejemplos de esa perspectiva. Algunos dirigidos a los turistas, otros a turistas y nativos, o exclusivamente para nativos, sin embargo, todos tendientes a recrear lugares para el placer y el espectáculo, “arreglados” e higienizados socioculturalmente en función del “efecto contemplativo” que sin duda debe organizarse y sistematizarse (Ryan *et al.*, 2000: 178). Una forma de “reencantar” el mirar del turista mediante una selección intencionada acerca de qué debe mirar y qué no (Fortuna, 1995: 20). Como señalan Ryan *et al.*, para el caso de la naturaleza, la cultura y los símbolos identificatorios a los fines de ser contemplados, deben delimitarse simbólicamente y materialmente, en suma delimitarse, interpretarse, regularse y museizarse (*op. cit.*: 178). Ello será posible gracias a una selección intencionada que acaba institucionalizándose y legitimándose incluso para los ciudadanos que observan ese set como un nivel naturalizado pero distante de sus cotidianos. En este sentido, la imagen dominante resulta en una “participación contemplativa” antes que en una

Una forma de
"reencantar" el mirar
del turista mediante
una selección
intencionada acerca de
qué debe mirar y qué
no...

"participación realmente activa", cuestión que como ha destacado Miranda Vieira resulta en "la asistencia al espectáculo [que] crea una ilusión de participación" (*op. cit.*: 40, n/traducción).

La necesidad de asimilación, por ende de identificación, conduce hasta los inmigrantes de países limítrofes que no responden al tipo o perfil de ciudadano porteño estereotipado y que no se identifican con sus referentes culturales. Algunos programas del gobierno de la ciudad o nacionales han procurado la visibilización de esos "otros", frecuentemente acusados de quitar el trabajo a los nativos o denunciados por sumatorias de ilegalidades, mediante su exposición como "curiosidad viviente" (Rauch, 2002/3: 391). Siendo los propios "otros" quienes en el convencimiento de que es más seductor lo lejano que lo próximo, lo antiguo que lo contemporáneo y lo pintoresco vinculado a la "estética de la autenticidad" (*op. cit.*: 390), acaban negociando mostrarse entre las "alegorías del exotismo" que no sólo les autoriza el encuentro de reconocimiento simbólico y físico con el turista sino también con los ciudadanos que en la vida ordinaria y en otros tiempos de la cotidianidad, los discriminan. Así, la pretensión de convertir a cada inmigrante en objeto-souvenir –como en otros espacios a los indígenas o a los negros–, a su vez en objeto-testimonio de la representación de la alteridad, en consecuencia objeto de colección vinculado a estéticas de supuesta "autoctonidad" constitutivas de la experiencia del convertirse y ser turista (Le Menestrel, 2002/3: 468, n/traducción), revierte en nativos-objetos museísticos y no en nativos-sujetos de ciudadanía.

Saskia Sassen habla de "gentrificación inmigrante"⁹ para referirse al "increíble reciclaje urbano" (Gilbert, 2000: 46) que por ejemplo se describe para Los Ángeles. Con dicha categorización resalta la transformación que los inmigrantes pueden llegar a hacer de la ciudad, de sus barrios del centro y de la periferia, de sus instituciones y residencias, "afirmando identidades culturales particulares y cambiando las relaciones socio-espaciales de la sociedad". Este tipo de procesos, visualizable en algunos de los ejemplos mencionados bajo el tópico del "multiculturalismo blando", permiten producir –aunque con diferentes grados de influencia e impacto– espacios públicos propios bajo características que apelan al pasado/presente, al exotismo y pintoresquismo. Las ferias de las colectividades o la conversión reciente de la calle Arribeños en el barrio de Belgrano (zona norte de la ciudad) por iniciativa de la colectividad china, con negocios que reproducen un *chinatown* en un paseo turístico de atracción cultural, al que se le añaden bailes, fiestas, músicas y comidas típicas, son algunos ejemplos de la trasmutación temporal de la "acusación negativa" y la estigmatización.

En este sentido, no sólo debe atribuirse al poder local o del mercado la institucionalización del espectáculo y la "autenticidad escenificada" –término elaborado por MacCannell (citado en Urry, 1995: 54, n/traducción)–, en pos de la conversión de muchos lugares en espacios turísticos. También los ciudadanos suelen constituirse en forma ambigua y ciclotímica entre el ser parte de esa escenificación y la resistencia a verse invadido por el ojo del turista. Recientemente, las agrupaciones vecinales, los vecinos y algunos artistas de fin de semana del barrio de Recoleta¹⁰ presentaron una serie de propuestas para mejorar el lugar, y entre ellas instaron al gobierno local para crear un corredor turístico-cultural, en tanto que en el entorno se emplazan el Centro Cultural Recoleta, el Palais de

Glace y el Museo Nacional de Bellas Artes. La idea del corredor turístico es la reproducción de un sentir que generalizadamente aparece en los vecinos de muchos barrios de Buenos Aires. En sintonía con ello, los vecinos de la calle Lanín en Barracas (al sur de la ciudad)¹¹ consensuaron dejar pintar sus casas por un artista plástico, en parte porque pensaron en la reproducción de un Caminito —el pasaje peatonal de La Boca que todos los turistas visitan—. Asimismo, hace apenas un mes, en el pasaje Danel de Boedo (un barrio también del sur),¹² un vecino del barrio pero no del pasaje, se preguntó: “¿Por qué no hacer un Caminito?”. Si las condiciones están dadas, es decir es una calle cortada que permitiría recrear el paseo peatonal característico que rinda en términos turísticos. Aunque el gobierno local no parece estar dispuesto a “iluminar” todos los barrios y pasajes de la ciudad, los vecinos, no sin contradicciones, parecen estar dispuestos a demandar por “más Caminitos”, por “más circuitos turísticos”, por la repetición de lugares escenificados en base al *set* de símbolos institucionalizados. Pero hemos dicho que no sin contradicciones. Los mismos vecinos de la calle Lanín que aspiran a vincular, en un circuito para foráneos, Caminito con su calle, suelen expresar el conflicto de no desear la intromisión de extraños en sus vidas cotidianas, la sensación de sentirse permanentemente observados por turistas que aspiran a mirar pero no a comprometerse con la participación ciudadana en el espacio público. El conflicto atinente a estos ciudadanos se hace bien explícito cuando desde sus representaciones imaginarias manifiestan en forma contundente no querer “pagar más impuesto a ser porteño”, denostando la “cadena de significados” impostada, al mismo tiempo que desde sus prácticas sí apelan a la aceptación de esa imagen-síntesis, de tal modo de reproducir escenografías barriales semejantes entre sí, producto de la repetición. Debe recalarse que, en buena medida, la aprobación y demanda de estos circuitos turísticos, los que llevan a una convivencia casi diaria con el turismo y el tiempo de lo extraordinario, se observan como excusas para imponer un determinado orden: los vecinos de Recoleta han sido bien claros en esto, reclaman un orden estético (cómo deben reordenarse la feria de los artesanos y los artistas callejeros) y un código de comportamiento, y derivado de ello se supone que el lugar conseguirá mayor seguridad. Nótese, entonces, que el turista pasa a convertirse en un reaseguro de tranquilidad frente a la inseguridad reinante, es decir como si por efecto de una mayor iluminación, del tránsito de mayor cantidad de gente por el lugar, se garantizara mayor control policial, y por ende el alejamiento de delitos y delincuentes.

Urry (1995: 55, n/traducción) reflexiona acerca de la posibilidad de recrear “lugares retirados y oscuros” en una especie de práctica del antiturismo, espacios en los que residen aquellos que se quieren desobstruidos de la imagen-síntesis dominante. No obstante, y si bien por un lado la organización de una ciudad entre lugares para el turismo y otros para el no-turismo se encuentra en vigencia, cuando hay barrios como Parque de los Patricios, o San Cristóbal (en la zona sur)¹³ despojados de toda estética y de toda luz, y otros munidos de toda exotividad y de toda belleza, por el otro, esa dicotomía urbana no conlleva necesariamente la división ciudadana entre quienes naturalizan el turismo y quienes se sienten conflictuados por el mismo. La idea de fragmentar la ciudad parodiando las “zonas rojas” de las prostitutas y travestis, cuyo debate también tuvo lugar no hace tanto entre la ciudadanía porteña, entre “ghettos de y para el turismo” y “ghettos del antiturismo”, resulta inescindible de reflexiones más profundas acerca de la ciudad que se quiere y del lugar de la ciudadanía en el espacio público urbano.

Los vecinos de esta ciudad se debaten entre las “estéticas del exotismo” y las “estéticas de la cotidianidad”, pero en el seno del mismo barrio de residencia cotidiana. Bastará con observar hechos del centro histórico, San Telmo, para dar cuenta de ese conflicto en que se ubican los nativos cuando residen en lugares turísticos: el sentirse “debajo del ojo” aunque los turistas no estén allí —como señala Urry (*op. cit.*: 55)— conlleva a diversas prácticas ciudadanas, desde el arrojar naranjas o cebolla, como ha ocurrido hace poco tiempo un día domingo, cuando por la inauguración de un local de diseño comenzó a tocar una batucada en pleno corazón turístico, por la mañana, y fue entonces que algunos vecinos “protestaron” frente a la invasión de otros ciudadanos —pues los integrantes de la batucada no son turistas, pero sí

el producto de un lugar arreglado para el turismo—; o bien, no saliendo, no transitando o escapando del territorio local hacia otros lugares de la ciudad como forma de alejarse de ese espacio y tiempo de la diversión que parece ser ajeno, o incluso, cuando se consensúa, preparándose apropiadamente para exponerse ante los ojos del turista extranjero y del turista ciudadano. En este sentido, la relación del ciudadano con la práctica turística es por demás compleja, pues es en el turista en quien los vecinos suelen colocar muchas más demandas o descontentos de los que se supone que el propio turista puede hacerse cargo: el turismo, se cree, puede contribuir a la seguridad, y en consecuencia a ordenar la ciudad del caos, pero al mismo tiempo el turista invade la intimidad de la vida privada y pública cotidiana; no obstante, la relación ciudadano-turista se modifica cuando el ciudadano se convierte en un vecino que actúa de extranjero en un lugar distante de su mundo cotidiano, allí no sufre las consecuencias propias de ese tiempo y espacio del “fuera de lo cotidiano” y puede disfrutar de la diversión, del ocio y el placer preparados para el turismo; en estos casos se trata de conflictos entre ciudadanos diversos, es decir entre el vecino-residente y el vecino-foráneo; asimismo, el turista aparentemente alejado de todo drama social, pone en evidencia el descontento ciudadano, el mismo que es negado cuando es el ciudadano quien busca que el turista llegue hasta su territorio (la afrenta de la ciudadanía en espacios y tiempos ordenados para el turismo, como puede ser la Plaza Dorrego en San Telmo en día domingo, colocando ferias alternativas de pobres urbanos o generando espacios para la protesta y reivindicaciones sociales, coloca al turista en un plano bien alejado y lo enfrenta a su propio dilema, el que como ciudadano probablemente aprobaría y del cual participaría, pero que en tanto turista dispuesto a pasarla bien, debe omitir y negar¹⁴). Sin descontar, como en el ejemplo de la batucada o del cantante de tangos ya habitué del lugar, la tensión que se produce entre quienes ciudadanos de esta ciudad, se convierten en trabajadores del y para el turismo y viven de éste, en tanto quienes residen en el lugar, aunque acuerden con dichas prácticas, lo hacen siempre y cuando, como en Recoleta, se establezcan “normas de convivencia” entre trabajadores del espacio público, residentes y turistas. Pero aun así la relación persistirá tensa, en tanto los intereses de unos y otros no suelen asimilarse, ni pueden adecuarse, ni siquiera a través de las representaciones sociales: es decir, si por vía de imaginarse siendo turista en otras coyunturas es posible aprobar dichas prácticas, seguramente ejecutadas por estos ciudadanos hoy residentes, en otros momentos, extranjeros; o aprobando el lugar del trabajador del placer en espacio y tiempo extraordinario, opuesto al tiempo del trabajo en el que habitualmente el resto de los ciudadanos suelen desarrollar sus actividades laborales (sin dejar de lado el problema del desempleo, que suele ser causa ineludible del trabajo en relación al turismo).

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando estos territorios (la ciudad o el país) son objeto de apropiaciones conflictivas, de crisis y caos, de protestas y reclamos que, en forma generalizada, ponen en cuestión esa imagen restrictiva de contemplación y placer?

EL TURISTA ENTRE EL “PINTORESQUISMO” Y LOS “PIQUETOIRS”

“La guía de turismo repitió en dos idiomas: *Hemos Llegado a la Plaza de Mayo. Esta es nuestra primera parada*”. El *city-tour* y las palabras seleccionadas por la guía no ofrecen más particularidad que la de remitir al “lugar imaginario” que se construye para el turismo y que como señala Alessandri Carlos (1996: 33), conduce a transformar una ciudad en relación a una o dos imágenes, que como ella misma dice, en el caso de Buenos Aires se sintetiza y simplifica en la Plaza de Mayo y que podríamos completar con el Obelisco —amén de *set* que hemos comentado en el tópico anterior—. Sin embargo, no se trata de cualquier *tour*. La fecha en que se lleva a cabo es el sábado 9 de marzo del 2002 y el relato continúa resaltando las huellas de una secuencia de acontecimientos dramáticos que han tenido por escenario “ese mismo lugar”: así, aunque se conserva en la visión de los turistas como el signo emblemático

de la ciudad de Buenos Aires, en este caso adquiere el sentido que, según la autora mencionada, estas imágenes no poseen. Quien narra el recorrido sigue:

Y del ómnibus comenzaron a bajar, lentamente, como con anticipada cautela, ingleses, italianos, norteamericanos, mexicanos y alemanes... al llegar a la cima se encontraron con centenares de policías de la guardia de infantería, con cascos, palos, escudos y vallados. *iÁndale!*, exclamó Alejandra Martell, una mexicana, al ver el panorama, y agregó con el típico acento: *Es que es impresionante, porque aunque todo está tranquilito da un aspecto de que no sabes cuándo va a dejar de estarlo...* Con el acostumbrado *Oh, my God*, una mujer de Kansas resumió a otras de Florida su impresión de lo visto mientras llegaban sonidos de bombos y gritos. Aún faltaba pasar por la Catedral y el Cabildo, pero el recorrido quedó incompleto: *Está tomando lugar una manifestación, así que no vamos a tener mucho tiempo*, dijo la guía... *Que barbaridad, ¿qué pasa en este país?*, comentó Erik, un alemán, sin pretender que le contestaran y ni siquiera en forma de queja, sino más bien con un tono reflexivo, como buscando un porqué; cómo ese país tan grande que le mostraban los mapas había llegado a esto... Después de lo de Plaza de Mayo y tras tomar por Balcarce hacia el sur, se dio el primer encuentro con un grupo de manifestantes. *¿Esto es todos los días?*, preguntó alguien en inglés. *En la actualidad, sí*, le contestaron. San Telmo, el tango y la historia de Buenos Aires alejaron algún temor -que lo hubo- antes de llegar a La Boca, donde Maradona y Caminito cambiaron la atención, aunque Erik preguntaba por lo bajo y con dificultad: *¿Cómo es esto de los cacerolazos?*. La guía... desde el 20 de diciembre se acostumbró a todas esas preguntas... *Para muchos, la Plaza de Mayo es la plaza de la muerte y le tienen temor; sobre todo los europeos y quienes vienen muy bien cuidados en un crucero. Si hasta me llegan a decir que es mejor no ir a la plaza porque allí matan gente o que hay francotiradores...* explica que es muy distinta la actitud de los europeos y norteamericanos que, por ejemplo, la de venezolanos o ecuatorianos. *A los sudamericanos, lo de la Argentina les parece un proceso casi natural... En cambio, a los europeos el cacerolazo les parece pintoresco, aunque les da tristeza ver a las familias enteras golpeando las cacerolas en la calle...* El temor de la Plaza de Mayo quedó atrás hace rato; el popular barrio de La Boca, y Palermo Chico, Barrio Parque, Recoleta y la avenida Alvear sorprenden a todos. Los europeos se asombran; los sudamericanos también. *Pero ¿entonces...?* deja inconclusa la duda... *Hay que decirles que sí, que es así. Que esa es una muestra de la Argentina que pudo ser.* (Wullich, 2002: 21).

Buenos Aires continúa reproduciéndose turísticamente a partir de sitios emblemáticos; no obstante ello, si "el turismo crea ilusiones y lugares imaginarios" (Alessandri Carlos: 33), ¿cómo recrear y manipular la ilusión de ese lugar en un contexto teñido de conflicto social? O dicho de otro modo, ¿cómo crear ilusión y evasión hacia un mundo ficticio, cuando la realidad de un país, Argentina, y una ciudad, Buenos Aires, acosan al visitante con un espacio que ya no es vacío de contenido, o más bien pleno de contenidos ligados al placer, sino sobrecargado de sentido social y político? Aunque la Plaza de Mayo parece multiplicarse en una serie de visiones que transitan entre el sin sentido, el sentido y el contrasentido, ¿podrá viabilizarse mediante la transformación en "espectáculo" de una secuencia interminable de acontecimientos que dramatizan la realidad cotidiana de esta sociedad? Cacerolazos y caceroleros, piqueteros y ahorristas, manifestaciones de protesta y fachadas blindadas de bancos, policías y guardias de seguridad, ¿podrán trasmutar en aquello que "no nos asusta... [sino que]: nos atrae", como respondieron al unísono Lorena y Paco provenientes de Zaragoza, España, y decididos a visitar la Argentina? ¿Bastará con retomar las palabras de Lorena y Paco, cuando han dicho "Estuvimos recorriendo bancos y sacándoles fotos a las pintadas, pero no encontramos ninguna con la palabra corralito",¹⁵ para alejar el miedo y el conflicto, para separar al turista del manifestante enardecido que golpea puertas y cacerolas, en suma para (re)estereotipar los lugares emblemáticos del turismo y mutar en pintoresquismo situaciones que afectan la cotidianidad de los nativos?

El caso tomado pone en juego un escenario que ha sido recurrente –aunque no por ello inexistente con anterioridad– desde finales del 2001 y que refiere al conflicto que se produce entre los usos y efectos contemplativos recreados en ese mirar específico que se construye para el turista y las contestaciones y disputas que emergen de los usos y las apropiaciones

tensionadas entre el reclamo, la reivindicación de ciudadanía y la participación social. Un conflicto visible en diversas situaciones: entre programas de gobierno vinculados a monumentos históricos cargados de exotismo, como el Cabildo, y apropiaciones ciudadanas del mismo sitio emblemático.

¿Qué lugar puede haber al turismo cultural en Buenos Aires en el escenario planteado? El caso del Cabildo de la ciudad, edificio histórico que se ubica en el extremo opuesto a la Casa Rosada, o sea del otro lado de la Plaza de Mayo, resulta paradigmático. En tiempos de la alianza y del Programa de Turismo Cultural, la Secretaría de Turismo de la Nación se propuso “Los Secretos del Cabildo [para] descubrir la historia de la Argentina en el lugar donde ocurrió, mediante una técnica innovadora, que fusiona el teatro con la visita guiada, convirtiendo al espectador en un activo viajero del tiempo”, promoviendo no sólo un servicio turístico cultural sino también la posibilidad de empleo para los artistas del país.

Así se llamó el espectáculo que invitaba a descubrir los hechos más relevantes ocurridos en este edificio con quinientos años de historia, que se vendía al espectador-turista (Lash y Urry, 1998; Fortuna, 1995) mediante un tríptico publicitario que en una de sus alas contaba el guión del espectáculo (tal como cuando uno asiste a una obra de teatro) y en otra procuraba una narración histórica “oficial”, según “dice la historia...”. Sin lugar a dudas, el ejemplo contiene la mayoría de los ingredientes que caracterizan al denominado turismo cultural en la contemporaneidad, es decir: el montaje del *show* absolutamente planificado en un lugar que comporta doble identidad en ese tiempo y espacio, la de lugar histórico con referencias de autenticidad real y la de lugar reconvertido en palco para teatralizar un remedo de esa historia real, sin embargo, disipando la distancia entre esa autenticidad real y la autenticidad escenificada (Fortuna, 1995); la colocación del turista en actor y espectador de un espacio que se quiere controlado, asimismo lúdico –pues se juega a viajar en el túnel del tiempo hacia el 1800 pero desde el siglo XXI–; un espectáculo desconflictivizado de todo conflicto local e histórico que, de hecho, este monumento en particular ha protagonizado y desdiferenciado en tanto *show* masivo y gratuito vendido como paquete y más allá de turistas diferenciados; desconflictivizado porque el propio turista, en tanto descolocado de su ámbito de ciudadanía, suele ser un actor descomprometido de la historia y cultura local y desde allí puede elevar la sacralización del lugar por encima de la vida cotidiana, otorgando valores extra-ordinarios y excepcionales que están más allá del “mundo real”; en este sentido, objeto de un espectáculo que coloca en suspenso su “tiempo real” para dar lugar a un ritual construido en un contexto especial de tiempo y espacio.

Dichas cualidades propias de un turismo cultural temático en auge por aquellos años, pueden confrontarse con la contradicción en que el mismo Cabildo se ha visto envuelto desde el 19 y 20 de diciembre del 2001. Tomemos por caso uno de los “cacerolazos” de los viernes en la Plaza de Mayo, en que grupos vecinales dibujaron a lápiz y en blanco y negro, cacerolas, cucharas y tenedores, remedando el accionar del “golpe de cacerolas” en las paredes y molduras del Cabildo Nacional, como hemos manifestado monumento histórico nacional, donde además reside la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos dependiente de la Secretaría de Cultura de la nación. Los dibujos estéticos y excelentemente diseñados –en este sentido cumplían con las normas “fachadistas” de los nuevos procesos de producción de valor en lugares urbanos–, sin embargo, permanecieron el tiempo coyuntural de la manifestación pública de esa jornada. Si bien demoraron cerca de dos días en ocultar esas imágenes con pintura blanca bien diferente de la original, el hecho dejó expresada la tensión entre la visión patrimonialista y preservacionista según la cual el Cabildo, por ser monumento histórico, debe ser intocable, y por tanto ajeno a los avatares de lo político y de la acción ciudadana, y justamente de la protesta y del conflicto social. Resulta interesante que en tanto la contaminación del lugar fuera hecha con el concurso y consenso de una política de asociación entre cultura y turismo –tal como hemos visto–, y mediante la realización de un espectáculo con referencias a la “historia oficial” desproblematizada y relacionado con la “alta cultura” y con el patrimonio histórico, la misma resultó viable y acordada por los funcionarios y

potenciales visitantes-turistas, y en una acción ajena a la ciudadanía. Por el contrario, en la medida en que la sociedad se ha reapropiado de la plaza para manifestar su protesta y sus demandas, el Cabildo ha sido objeto de múltiples controversias en razón de su necesaria intocabilidad por parte de los ciudadanos quienes, paradójicamente, allá por el 1800 se volvieron historia justamente por reclamar “el pueblo quiere saber de qué se trata...”.¹⁶ Esta declamación en el contexto actual puede ser legítima en el seno del espectáculo ficticio y virtual relegado al espacio y tiempo del turismo; sin embargo, pasa a convertirse en ilegítima –aun usando el recurso de la estética– una vez que la ciudadanía es “real”, en un tiempo “real”, además de conflictiva para la potencial visita de turistas.

La despolitización de la política de la cultura y el patrimonio se hace aún más evidente en el caso en que las cacerolas dibujadas u otra acción similar hubiera sido idea y obra de un creador de imagen y marketing cultural. En situaciones en que el patrimonio pudiera trasmutar en parque temático o en acción artística urbana –un ejemplo claro en este sentido es el proyecto de la calle Lanín en el barrio de Barracas, que fuera una de las propuestas “estrella” (en el 2001) de la Subsecretaría de Patrimonio del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, una vez que en alianza con el artista plástico Marino Santamaría se consensuó producir un plus de valor a la calle, las casas y sus moradores a través de la plástica y de la “invención de patrimonio” y con vistas a producir un nuevo circuito cultural para el turismo de la ciudad–, sin duda la despolitización se da por descontada y su inocuidad ofrece un valor de legitimidad, volviéndolo factible de ser tocado sin amenaza de contaminación ciudadana –en la cotidianidad de Lanín, la gente es la suma de “vecinos notables” cuentacuentos, mientras en la Plaza de Mayo y frente al Cabildo al toque de cacerolas, esos mismos vecinos trasmutan en ciudadanos–. Lanín es travestido como el Cabildo en las épocas aliancistas, con el objeto de brindar opciones de turismo cultural, de “lugar ordinario” a “lugar extraordinario”, de espacio ciudadano a espacio turístico, en convivencia con la “estetización de la vida cotidiana”.

Los casos tomados nos regresan a preguntarnos: ¿cómo perseguir una aspiración de ciudad “ordenada” propicia para el turismo en un contexto de conflicto permanente? Parece sólo posible en el intento controvertido que lleva adelante el gobierno de la ciudad, desde cuyo entorno se persevera en una política de cultura urbana y turística ya probada y conocida, pero frente a los avatares de una realidad política y socioeconómica escasamente proclive a aquélla.

Los cambios emergentes de la crisis agudizada han repercutido fuertemente en la conformación del turismo nacional e internacional, del turismo cultural, en la relación entre turista y nativo, produciendo fenómenos que escapan al orden de los planes y las políticas.

Las supuestas desventajas del conflicto, como la presencia permanente y masiva de marchas y cortes de calles por parte de los piqueteros durante el año 2002, trasmutaron, produciendo en algunos casos hasta posibles beneficios. Como se observa en el recorrido turístico relatado al inicio de este tópico, los piqueteros pasaron a formar parte de esa relación estereotipada en la que el nativo debe convertirse en un “otro”, en un proceso de extranjería que lo vuelve curiosidad, en un tipo de actividad que en la medida en que se mira y se contempla, también se estereotipa y

Los cambios emergentes de la crisis agudizada han incidido fuertemente en la conformación del turismo nacional e internacional, del turismo cultural, en la relación entre turista y nativo, produciendo fenómenos que escapan al orden de los planes y las políticas

casi se momifica. Aunque los manifestantes expresan el conflicto y el desorden, con el transcurso del tiempo ellos mismos comienzan a “arreglar espacialmente” sus itinerarios, sus símbolos (banderas, signos, atuendos), expresando sensaciones de nuevas experiencias por lo diferentes y exóticos (si se nos permite el término) en que pueden convertirse para quien viene de un país en el cual estos fenómenos son inexistentes. Como ha manifestado Rauch (2002/03), el nativo convertido en extranjero puede generar una interacción de conocimiento o bien de conflicto. En el caso de los piqueteros, y a pesar de sí mismos y sus objetivos, han sido, temporariamente, despegados de la situación de conflicto social para volverse objetos de curiosidad, mostrando un tipo social desconocido para otros lugares, con características peculiares que los hacen distintivos, convertidos mediante un rito de pasaje que los lleva de su “externalidad negativa” cotidiana hacia una “estética de lo auténtico/autóctono”. El desorden que los funcionarios observan en la manifestación y protesta social, es visualizado como un nuevo orden para el turismo, desde otros actores involucrados con el campo (su visita obligada para el turista extranjero se vende por internet y es organizada por académicos y agencias de viaje).

En tanto el conflicto pueda ejercer ese rito de pasaje, que lo separe del caos y de la violencia amenazantes –como se observó recientemente en el caso boliviano, en que indudablemente el país ha sido virtualmente cerrado por lo peligroso, o cuando yo misma he viajado a Ecuador hace unos años, encontrándome literalmente bloqueada en sus territorios por los reclamos indígenas–, parece posible un tipo de turista que ávido de exotismo, de diferencia, que a su retorno pueda llevar consigo fotografías, anécdotas y recuerdos de testimonios vivientes, no sólo atinentes a lo museístico, sino también a la “realidad” de países sumidos en la pobreza, desee y decida transitar los caminos de nuestros “piquetours”, que parecen escasamente pintorescos, pero con un valor añadido dado por el papel que cumplen socialmente. Entonces, el conflicto puede volverse funcional al lugar del turismo y la ciudadanía en su función de ciudadano puesto a jugar entre las tensiones de la cotidianeidad, convertirse en la prueba irrefutable del viaje realizado. En estos casos, el turista no deja de ser turista, sino que el ciudadano es quien acepta un turismo que ingresa en su vida de todos los días, jugando a la vez el papel de ser contemplado. En un sentido similar son esos turistas desafiantes del mercado y la industria, quienes aspiran a recorrer lugares donde el reto está a la orden del día, o donde se podrá admirar algún acontecimiento negativo desde el Occidente, pero positivo en la distancia (el caso de la nigeriana a punto de ser matada por adulterio, los rituales de ablación en niñas del África, o los restos y ruinas dejados por una guerra como la de la ex Yugoslavia –de hecho, hoy algunos de sus países son muy visitados–). Sólo es necesario encontrar aristas de diferencia, alejadas del estar “en casa”, para que acontecimientos dramáticos de la vida cotidiana puedan visitarse y observarse como turísticos. No obstante, para que ello suceda también debe haber una ciudadanía dispuesta a dejarse observar, pues será sumamente difícil que el turista se involucre con capacidad de resistencia y compromiso político –aunque, efectivamente, hay sectores de turistas que viajan a países y ciudades en busca de hechos políticos de trascendencia, o que con posterioridad a un viaje de placer se sienten comprometidos con la realidad visitada, éstos son los menos–.

Las tensiones recurrentes en otros sitios de América Latina, como en julio del 2001 en Salvador de Bahía, Brasil,¹⁷ muestran que no siempre esa conversión es posible, y que en ocasiones ciudadanía y turismo son incompatibles. No siempre basta con rediseñar, acuarrelizar y estetizar los lugares, vetando su uso a aquellos considerados “feos, sucios y malos”, para abrir las puertas al turismo de lugares sin conflicto. Muy por el contrario, parece necesario que dichos países, ciudades, pueblos, resuelvan primero sus problemas cotidianos, que incluyen la satisfacción de necesidades sociales básicas, para que un paso más adelante se abran las puertas del y al turismo. O bien, como ha sucedido esporádicamente en Buenos Aires, volver funcionales a quienes han hecho del conflicto social un “paisaje natural” de la ciudad –tal como sucedió en su momento con la Carpa Blanca docente,¹⁸ que además de naturalizada ya era visitada por turistas y visitantes de todo tipo, o con las Madres de la Plaza de Mayo, que aunque hoy no son una amenaza, son el ejemplo viviente de un reclamo social que persiste, y

cada jueves dan la vuelta a la Pirámide en la Plaza de Mayo, ritual que los turistas suelen observar para llevar consigo fotos y videos de este testimonio sociopolítico que rememora una época terrible del país.¹⁹

El reciente conflicto que se ha instalado entre piqueteros, empresarios, gobierno y ciudadanía mayormente de clase media –entre noviembre y diciembre de 2003–, ha provocado la expresión del líder piquetero de la Corriente de los Trabajadores Argentinos (CTA): “Buenos Aires se caracteriza por tener marquesinas de chapas...”, agregando que son los propios turistas quienes dicen eso. Ante una cámara de televisión y en el seno de un debate con otro líder piquetero, D´Elia intentó contrarrestar la mirada crítica que hoy reina en relación a esta forma de protesta, colocando el punto de tensión en los paneles de metal que hay en las fachadas de los bancos. Su expresión no es ajena al conflicto en que hoy se ven envueltos estos ciudadanos. Cuando los piqueteros eran una curiosidad y los “piketours” un ritual a visitar y contemplar, la ciudadanía que no participa del movimiento también los miraba con cierto entusiasmo, o al menos justificando su existencia. Sin embargo, su permanencia en el tiempo, con los consabidos obstáculos diarios, ha cambiado el parecer de otros ciudadanos que, como ellos, también reclaman, aunque sin cortes de calles ni saliendo a la calle todos los días. En algún lugar nuevamente se han convertido en el desorden que Buenos Aires no debe mostrar –de hecho, el ex presidente Duhalde ha llamado a poner orden–, y por ello D´Elia precisa de la violencia material y simbólica que provocan esos muros de metal para intentar convencer a los nativos de que si los turistas no vienen o no gustan de esta ciudad, no es por los piqueteros sino por una nueva estética, la del conflicto, que permanece día y noche en el propio cuerpo de la urbe, y no en hombres, mujeres y niños que vienen casi como de “visita” algunos días, en algunos horarios, pues no residen en la ciudad propiamente dicha, sino en el conurbano bonaerense.

UN FINAL ABIERTO PARA EL CONTROVERTIDO PAPEL DEL TURISMO CULTURAL

El problema del turismo y su papel en las sociedades contemporáneas resulta más complejo de lo que en general se ha expuesto en la proliferación de trabajos que, en los últimos años, abordan la temática. El turismo, como tema, se ha puesto de moda –en un sentido similar a lo ocurrido con la cultura, la identidad, el patrimonio–, aunque la mayor parte de los textos producidos apuntan a describir el fenómeno o bien a analizar su impacto en términos económicos y sociales, el que suele ser observado en forma positiva. Este tipo de escritos acaban asimilando publicaciones académicas con documentos de organismos internacionales y de gobiernos nacionales y locales.

Aunque ha habido una serie de autores pioneros que han procurado superar esta perspectiva, como Cohen (1972 y 1988) y MacCannell (1989), es probablemente John Urry (1996: 181) quien más se aproxima a un abordaje que, como bien señala el autor, debe ser multifacetado y tendiente a trascender la visión de una “teoría del comportamiento del turista”. La visión acerca de “diferentes miradas”²⁰ del turista que son “construidas por medio de la diferencia” (*op. cit.*: 16) en relación con procesos sociales e históricos y a grupos sociales distintos, permite observar que no sólo no existe una única mirada, sino que la multiplicidad de miradas implica atender a la “mirada construida” por sociedades, grupos sociales, periodos históricos. Urry incorpora a la problemática la noción de proceso y de construcción social, la vinculación entre la mirada y la práctica turística y su articulación con otras prácticas sociales, colocando en la idea de construcción social, la reflexión sobre quién o quiénes legitiman, refuerzan e imponen determinadas miradas respecto de ciertos objetos/sujetos del turismo –en consecuencia, agregaríamos, parafraseando a Bourdieu, las disputas que entran en juego en todo proceso de construcción entre diferentes actores y grupos involucrados que aspiran a imponer su visión del mundo, aquella que se quiere prevalezca en el campo del turismo–.

Sin embargo, existen dos cuestiones de la perspectiva del autor que, a mi criterio, debieran repensarse. Por un lado, que a pesar de la relevancia colocada en la diferencia por contraposición a la homogeneidad y en la construcción de la misma en base a procesos sociales e históricos específicos, la visión del conflicto presente en toda construcción social es atenuada y resulta debilitada ante la idea de la diferencia. Por el otro, que el abordaje teórico-metodológico escogido por el autor para dar cuenta de las múltiples miradas del turismo, tiende a esquematizar la problemática, construyendo miradas y prácticas turísticas por relación y contraste con miradas y prácticas no-turísticas –oponiendo lo familiar a lo no-familiar, lo ordinario a lo extraordinario–. Respecto de este último punto, caben algunas reflexiones:

- La relación y contraste entre lo que se decide turístico y lo no-turístico –inducido en su definición por el supuesto de lo que se considera “normal” y/o cotidiano y lo que se sale del canon de normalidad y se ubica fuera de lo cotidiano– implica presuponer relaciones de ajustes y desajustes entre el “ser turista” y el “ser ciudadano” (en ocasiones visto como “nativo”). Una tensión efectivamente existente, pero que separa al actor turista del sujeto ciudadano, desconsiderando relaciones más complejas en las que el turista también es ciudadano, o éste funciona como turista en su propio lugar, o retoma los estereotipos del turismo para mutar en ciudadano “modelo”, entre otras. Incluso lo familiar-no familiar acaba mezclándose y redefiniéndose en la proximidad y la lejanía, dicho en términos de Hannerz (1996), “lo extraño y lo familiar se encuentran,” y diríamos que no siempre armoniosamente.
- La división tajante entre el turista y el ciudadano tiende a eludir a otros actores con fuerza en la problemática del turismo, y no sólo me refiero a los empresarios, a los gobiernos y organismos internacionales, sino incluso a quienes por necesidad y también como producto en general de las nuevas moviidades que los adelantos tecnológicos permiten, acaban convirtiéndose en bisagra que tensiona aún más la relación turista-ciudadano –por caso, los migrantes que precisan del sector servicios fuertemente involucrados al turismo en su doble papel: el de mano de obra barata y el de porporcionadores de “color local” (Yúdice, 2002)–.
- Las relaciones contrapuestas entre lo familiar/no familiar, lo ordinario/extraordinario –cuestiones ampliamente trabajadas por Da Matta (1983) en relación al papel del carnaval en la sociedad brasilera–, conllevan la visión estereotipada y encajonada de un espacio y tiempo del turismo vinculados al placer por oposición al tiempo del trabajo (propio de la sociedad moderna), a lo excepcional e imprevisto *versus* lo rutinario y previsible, al orden y al desorden, a la idea de la fiesta y el juego donde todo puede ocurrir –como en el carnaval brasilero– enfrentado al día a día y, en este sentido, a la “dura realidad de la vida” cotidiana (*op. cit.*: 56). ¿Pero qué sucede cuando, como está ocurriendo en muchas de las sociedades actuales, se nos propone volvernos “excepcionales” en la rutina del tiempo y espacio de la cotidianidad? ¿O cuando trabajamos en el trabajo rutinario, en el nuevo trabajo festivo y al mismo tiempo reivindicamos ciudadanía? Son interrogantes que quedarían vacías de contenido en la visión dicotómica de opuestos;
- Finalmente, ¿es posible que aquello que se construye como extraordinario y excepcional incluya el conflicto político y social en el que muchas de nuestras sociedades se encuentran inmersas?

A lo largo del texto hemos intentado observar la combinatoria contradictoria y tensionante que se ha observado en la ciudad de Buenos Aires, entre las políticas locales, los privados y los ciudadanos, durante los últimos años. Aunque la línea política parece haber persistido en un continuum con algunos ingredientes nuevos, la imposición de ciertos hechos dramáticos vinculados a la crisis socioeconómica ha puesto en jaque más de una vez esa línea de continuidad, o mejor, puesto sobre el tapete que el campo del turismo no se constituye en forma unilineal, sino en el marco de un complejo ámbito de negociaciones y disputas.

En el intento por superar una reflexión esquemática, hemos focalizado la misma en los conflictos que resultan de la puesta en escena de “estéticas del exotismo” y “estéticas del conflicto”, tratando de repensar nuevos lugares del turismo, nuevos intercambios con los

ciudadanos y las mezclas que pueden emerger de una complementariedad difícil, pero al fin intento de complementariedad, entre “pintoresquismo y conflicto”. La puesta en debate del lugar del turista frente a una sociedad que está siendo repensada por su propia ciudadanía, nos ha permitido superar el simple análisis descriptivo del impacto turístico favorable a la ciudad en un contexto de devaluación de la moneda, por poner sólo un ejemplo. “Ser turista” y “ser ciudadano” no implica en la actualidad dos identidades esenciales, conformando dos compartimentos estancos que se mueven por distintos circuitos y jamás establecen intercambios e interrelaciones entre sí. Cuando el turista decide reinvertir el lugar del conflicto, por ejemplo de la protesta, como lugar de curiosidad y autenticidad de la sociedad que se dedica a conocer, se convierte un poco en ciudadano, aunque –obviamente– difícilmente se comprometa en la misma medida que cuando es ciudadano “en casa”. Asimismo, cuando el ciudadano reclama “más Caminitos” como reaseguro de más seguridad y orden, coloca en el turista la posibilidad de una mejor calidad de vida cotidiana, que es aquella que el turista no suele compartir con él. Este mismo ciudadano que puede volverse turista en otro barrio, también puede resistirse a ese modelo de “ciudadano ideal” producto del set de símbolos legitimados para mostrar al turismo.

Es así que el tiempo de lo excepcional ya no sólo se corresponde con el ocio y la diversión. En diversas coyunturas, aun siendo escenarios de la contemplación, se vuelve un tiempo y espacio que retrotrae el drama, el reclamo, la miseria. Sin embargo, sólo es factible que el cartonero, por tomar este caso, de esta ciudad trasmute en curiosidad si el turista ya no lo vive como amenaza, y muestra ante él aspectos de diferencia, aunque desde la indignancia, que en sus ciudades no es fácil de hallar. Este personaje que masivamente se ha incorporado a esta ciudad, es negado en circuitos en que los turistas desean invisibilizarlos –como Recoleta o Puerto Madero–, sin embargo, al mismo tiempo visibilizados cuando se accede a observarlos en el tren blanco que los deja cada noche en Capital. La propia masividad los revierte en objeto de exposición, y en ese sentido, diversos de chicos de la calle que deambulan y se asientan en veredas a escasos metros de locales de diseño y boliches de moda. El cartonero es un pobre que irradia descenso social, pero con rituales y circuitos que al menos por un rato pueden volverlos interesantes. Los chicos de la calle transmiten miseria desarrollando oficios o prácticas callejeras poco atractivas. Como ha sucedido en otros lugares del mundo en que la pobreza se inmiscuye por todos lados y la misma ha podido convertirse en “reina de la belleza” porque supo volverse atractiva y diferente, sería factible que Buenos Aires y algunos otros puntos regionales de Argentina encuentren no sólo en el placer la posibilidad de encuentro con el turismo. No obstante, ello significará enmascarar aquello que tenemos de negativo y terrible bajo signos de distensión que, sin duda, en lo cotidiano son de tensión. En este sentido, ¿es posible consensuar un turismo de la pobreza y el conflicto por vía de la diferencia y autoctonidad? Algunos países, islas o ciudades del Oriente o del Caribe han resignado la posibilidad de mejorar la calidad de vida de sus habitantes mediante mecanismos políticos, sociales y económicos, prefiriendo la entrada de divisas a través del turismo. Pero Buenos Aires aún no se encuentra en ese proceso de resignación, sino más bien en un camino de lógicas complejas y hasta contradictorias. Mientras el gobierno local y los empresarios persisten en la necesidad de ocultar la

...el campo del turismo no se constituye en forma unilineal, sino en el marco de un complejo ámbito de negociaciones y disputas

pobreza y el conflicto social, algunos ciudadanos reclaman lo mismo, mientras otros exigen que se resuelvan los problemas socioeconómicos en que estamos inmersos, pues no encuentran en el turismo la posibilidad de la salida. Así, el gobierno y la ciudadanía se debaten entre recibir calurosamente a los múltiples cruceros que están llegando al puerto de Buenos Aires y la necesidad de mirar a nuestros hermanos que cirujan, no por exotismo, que viven en las calles, o de pedir en los semáforos de cada esquina.

No pocas interrogantes continúan sobrevolando el propio texto: ¿es factible pensar en turismo cuando la protesta ya no es aislada sino generalizada? ¿Es posible que el turista, buscador de lugares placenteros, no importa si pobres, pero sí que irradian felicidad –como Tailandia, por dar un ejemplo–, pueda y decida deliberadamente confeccionar su itinerario de viaje contabilizando “cacerolazos”, “cortes de ruta”, piqueteros, entre otras manifestaciones? O será que en tanto dichos conflictos no se resuelvan el turismo estará condenado a “acorrallarse” en lugares precisos y a disfrutar de beneficios sólo monetarios? ¿Qué lugar puede haber en el turismo –y por qué no, también a la cultura– en un contexto de alto voltaje de ciudadanía en permanente “grito”? ¿Cómo podrá resolverse la aparente antinomia turismo-ciudadanía? O, ¿cómo podrá direccionarse en un contexto de tensión entre el “ser turista” y el “ser ciudadano”? En países como Argentina, en medio de la peor crisis de su historia, ¿hay espacio para replantearse el eslogan de turismo cultural, que finalmente, al decir de Fortuna, es el derecho al turismo relacionado a una nueva forma de derecho de ciudadanía, que poco o nada tiene que ver con la conformación de ciudadanía en el Ágora de la Plaza de Mayo? Para finalizar, ¿hasta dónde será probable pensar en políticas de turismo en este escenario? O será que sólo deberemos conformarnos con un peso devaluado que subsane los males del peso revaluado y permita consumos excesivos en shoppings atestados?

En contextos tan complejos como los vividos aquí, pero también recurrentes en otros países de América Latina (recientemente en Bolivia), parece necesario revisar el rol que pueda concebirse para el turismo, y más particularmente para el turismo cultural, en la misma medida en que parece imprescindible la existencia de voluntad política unida a un bienestar económico y a una ciudadanía proclive a consumir este tipo de planes. De lo contrario, es posible que “se corten las rutas y circuitos” por las que otrora han caminado muchos turistas.

NOTAS

- 1 Idea expresada por Ángela Giglia en el taller de debate sobre urbanizaciones privadas, en el contexto del coloquio realizado en relación con el Proyecto PUCA: “Habiter quelle ville?..”, Universidad de Toulouse, diciembre de 2002.
- 2 Entre 1989 y 1999 gobernó al país, el doctor Carlos Saúl Menem (hasta su llegada a la presidencia fue gobernador de la provincia de La Rioja por el partido peronista). Su doble periodo de mandato, denominado “menemismo”, se caracterizó por la convertibilidad económica y la llamada “fiesta menemista”, que incluyó casos de corrupción y vínculos con el poder empresarial y con la farándula, entre otros asuntos.
- 3 Entre finales de 1999 y finales del 2001 gobernó a la nación el partido de la Alianza (constituido por el partido radical, opositor del peronismo, y el Frepaso, un partido nuevo conformado por dirigentes disidentes del peronismo y el radicalismo), con el doctor Fernando de la Rúa como presidente. De la Rúa había sido entre 1996 y 1998 jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, desarrollando en el contexto urbano una “cultura del entretenimiento” que trasladó a la nación con posterioridad.
- 4 A finales del 2001, una serie de acontecimientos dramáticos, como el “corralito” financiero que atrapó en los bancos los ahorros de miles de ciudadanos, la sucesión de saqueos por parte de los sectores populares principalmente del Gran Buenos Aires, llevaron a De la Rúa a la institucionalización del “estado de sitio” por unas horas. El 19 de diciembre de ese año, los ciudadanos de Buenos Aires –en otras ciudades también–, contestaron esa medida con sucesivos “cacerolazos” (más producto de las clases medias que bajas) que desembocaron en la Plaza de Mayo –el centro simbólico del poder, pues en el entorno se ubica la Casa Rosada de Gobierno, la Catedral, el Cabildo– acabando con la presidencia de De la Rúa el día 20 y “cargándose dos presidentes más en el curso de los quince días posteriores. La devaluación de la moneda y la instauración de un gobierno de transición, al mando de Eduardo Duhalde, fueron las consecuencias más potentes de este colapso.
- 5 Es de destacar que, a pesar de la crisis de finales del 2001, el jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires asumido en el año 2000, continuó en su mandato luego del conflicto a nivel nacional. Es probable que por ello las políticas desarrolladas en la ciudad, en lo que se refiere al área de cultura y turismo, no sufrieron grandes cambios, aunque sí incluyeron capítulos tendientes a mejorar la calidad de vida económica y social.
- 6 El “arrabal” era el territorio de la periferia de la ciudad entre finales de siglo XIX y principios del XX. Esa periferia aún se ubicaba próxima al centro de la ciudad, en zonas que hoy son los barrios de Palermo, Belgrano en el norte, o Flores, por ejemplo, en el oeste.
- 7 Los piqueteros surgen como un movimiento que encuentra origen en las masas de trabajadores que han quedado desocupados en tiempos de Menem. Es por ello que sus primeras acciones se inician en el interior del país, cortando las rutas provinciales en

demanda de trabajo. A partir de la crisis del 2001 se fortalecen como movimiento de protesta, encontrando un lugar preponderante en espacios estratégicos de la provincia de Buenos Aires. Durante el 2002, y mientras los cacerolazos fueron disminuyendo en cantidad, los piqueteros reforzaron su accionar cortando ya no sólo calles, avenidas o rutas estratégicas, sino también puentes que conectan la provincia con la capital. También su masividad y presencia en las calles de la ciudad y en la Plaza de Mayo se hizo más preponderante y frecuente, comenzando a formar parte del “paisaje natural” y no tan natural de Buenos Aires y sus sitios emblemáticos.

- 8 Los cacerolazos, aunque con antecedentes en los años posteriores a la reelección de Menem (1995), impulsados por Chacho Álvarez, quien fuera el líder del Frepaso (fuerza política que diera origen y forma a la Alianza con el radicalismo y que gobernó entre diciembre de 1999 y diciembre del 2001), se constituyeron en la modalidad de protesta social generalizada de la clase media urbana afectada por el denominado “corralito” financiero a partir del 19 de diciembre del 2001. Los mismos se iniciaron previamente en determinados barrios, pero ese día, ante la instauración del estado de sitio, la población terminó confluendo en la Plaza de Mayo reclamando la destitución del ministro de Economía y del presidente de la nación. Desde ese momento, los cacerolazos se convirtieron en una práctica recurrente que se realizó los viernes en Buenos Aires, durante los meses de diciembre a marzo, pero también en otros momentos y días en otras ciudades -su frecuencia fue mermando con el tiempo-. Aún con su generalización, esta forma de protesta ha tomado diversos contenidos, ha sido redefinida y también ha disminuido en su convocatoria.
- 9 Los procesos de gentrificación -sobre los que ha trabajado mucho Zukin- aluden a procesos de recambio de población, o de ennoblecimiento, una vez que un grupo específico -generalmente no nativo del lugar- se apropia y le mapea centralidad y poder. En el caso mencionado por Sassen (1998, *Globalization and its Discontents*, Nueva York, citado por Gilbert, 2000: 46), son los inmigrantes quienes suelen concentrar poder y un lugar central en determinados espacios, transformándolos a partir de sus propias marcas, y en ese sentido provocar cambios que impacten sobre el conjunto de la ciudad.
- 10 La Recoleta es un sector de la ciudad ubicado en el norte de la misma. Se encuentra emplazado a pasos del Barrio Norte y de la avenida del Libertador que lleva hacia el norte del conurbano bonaerense. Recoleta se ha caracterizado no sólo por concentrar la oferta cultural, sino también por ubicarse allí el cementerio de la Recoleta, donde se han enterrado a héroes y familias patricias, aunque hoy es más objeto turístico que lugar de la muerte, y la iglesia del Pilar, donde suelen casarse los hijos de la élite. Llamativamente desde hace años, la zona se ha llenado de restaurantes y boliches que hacen del lugar una mezcla rara de tragedia y diversión. Allí mismo los fines de semana se ubica la mejor feria de artesanías de la ciudad, los artistas ambulantes y los turistas que van en busca de todo ello y también de la tumba de Evita que se encuentra casi escondida en dicho cementerio.
- 11 La calle Lanín es de una extensión de tres cuadras. Se ubica en el barrio de Barracas, que ha sido históricamente un lugar de industrias, camiones, fábricas, nosocomios. Ante la desindustrialización se viene procurando reconvertir el entorno para que hasta allí lleguen los turistas y los ciudadanos, también turistas en su propia ciudad, buscando novedades y exotismos. La calle ha sido apropiada por un artista plástico local que dice hacer “arte público” y ha pintado con sus diseños las fachadas de las casas. Aunque no ha modificado en demasía la concurrencia de gente al lugar, sí es hoy objeto de visitas guiadas que realizan en conjunto el artista y el gobierno local.
- 12 El pasaje Danel es una cortada en el barrio de Boedo, un poco más alejado de San Telmo (el centro histórico) y La Boca. En el mismo, las agrupaciones vecinales del lugar, el Centro de Gestión y Participación de la zona y algunos vecinos “notables” suelen realizar eventos, en tanto la calle permite su delimitación y la ejecución de obras de teatro, espectáculos callejeros, etc. Sin embargo, en el tiempo de lo cotidiano, el pasaje sigue su vida de todos los días, con vecinos que viven puertas hacia adentro y que poco se involucran con dichos espectáculos.
- 13 Dos barrios linderos con Boedo que no han sido objeto de intervenciones urbanas, ni por parte del gobierno de la ciudad ni de los empresarios.
- 14 Hace unos años, en la Plaza Dorrego, en día sábado, un grupo de instituciones vecinales habían decidido reivindicar el espacio público de la plaza conquistada por barcitos del entorno. La falta de convocatoria del reclamo se hizo más evidente cuando arribó al lugar un micro repleto de turistas y entre ellos apareció el cantante de tangos -trabajador del turismo en el lugar- y concentró la atención en la esquina enfrentada a la plaza. La situación bien contradictoria, puso en evidencia la importancia del espacio escenificado, aunque su escenografía no es otra que la necesaria para el turismo, pues la plaza estaba siendo también escenificada, pero su nuevo orden hacia al conflicto y el reclamo, cuestión aparentemente no admisible en un lugar turístico.
- 15 La denominación “corralito” surge en diciembre del 2001, cuando el ministro de Economía, a fin de frenar una corrida de depósitos bancarios, toma una serie de medidas tendientes a limitar las extracciones de dinero de los ciudadanos argentinos. A partir de ese momento, y más allá de las estrategias ideadas por la gente o vinculadas a lo legal que se desplegaron, el dinero quedó virtualmente encerrado en los bancos. En cierta forma, fue el “corralito financiero” el que desencadenó los primeros cacerolazos. En enero, con la asunción de Duhalde como presidente de la nación, el “corralito” comenzó a llamarse “corralón”, en la medida en que el equipo económico extremó las medidas de salida del dinero y pesificó todos los depósitos originariamente en dólares, mientras algunos periodistas lo convirtieron en el “chiquero animal”.
- 16 El 25 de mayo de 1810 se formó la Primera Junta de Gobierno. En aquella oportunidad la leyenda cuenta que los ciudadanos se reunieron con sus paraguas bajo la lluvia, y al grito de “Queremos saber de qué se trata” instalaron uno de los primeros momentos de reivindicación ciudadana.
- 17 *“La huelga policial en Salvador mostró el lado oscuro de una ciudad. Hecha para ofrecer placeres a los visitantes extranjeros, ayer se vaciaron las playas y callejuelas del colonial Pelourinho, barrio histórico declarado patrimonio de la humanidad... El efecto psicológico de la huelga y la violencia desatada en estos días ahuyentó al turismo, extranjero y nacional... las calles del centro de Salvador y los barrios de la costa atlántica, se habían convertido en tierra de nadie”* (Grosman, 2001: 37).
- 18 La Carpa Blanca fue instalada hacia el fin del segundo mandato de Menem en la Plaza de los Dos Congresos, frente al Parlamento de la Nación. Los años que estuvo allí, los docentes de escuelas primarias hicieron ayunos en su interior, dieron clases, recibieron a artistas como Joan Manuel Serrat, al mismo tiempo que reclamaban en medios periodísticos. La Carpa, de tanto estar allí, se volvió una especie de curiosidad digna de visitar. La misma se levantó cuando asumió el Gobierno de la Alianza a finales de 1999.
- 19 Es probable que cuando las Madres comenzaron sus rondas, en plena época de la dictadura militar, hubiera sido impensable que los turistas se acercaran a ellas, porque hasta los propios ciudadanos de Buenos Aires las desconocían o las negaban por ignorancia o porque “por algo habrá sido”. La legitimidad que adquirieron mundialmente ha contribuido a que en medio de un viaje de placer, ellas puedan ser incluidas en el tour, si bien no son las agencias de turismo, ni los planes turísticos del gobierno local, quienes inducen a visitar el ritual.
- 20 En el original, en portugués, el autor habla de *diferentes olhares*.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Alessandri Carlos & Ana Fani 1996 - O Turismo e a Producao Nao-Lugar. En Eduardo Yázigi, Ana Fani, Alessandri Carlos & Rita de Cássia Ariza da Cruz, *Turismo. Espaço, Paisagem e Cultura*. Editora Hucitec, Sao Paulo.
- Cohen, E. 1972 - Towards a sociology of international tourism. *Social Research* 39: 164-182.
- 1988 - Traditions in the Qualitative Sociology of Tourism. *Annals of Tourism Research* (special issue) 15: 29-46.
- Da Matta, Roberto 1983 - *Carnavals, bandits et héros. Ambiguïtés de la société brésilienne*. Éditions du Seuil, Paris.
- Flórez, Franz 2000 - "Hay una confusión...en el barrio". Notas sobre antropología y modernidad en Colombia. En Eduardo Restrepo & María Victoria Uribe (eds.) *Antropologías transeúntes*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Fortuna, Carlos 1995 - Turismo, autenticidade e cultura urbana: Percurso teórico, com paragens breves em Évora e Coimbra. *Revista crítica de ciencias sociais, turismo, cultura e lazer* 43 (outubro). Coimbra, Portugal.
- Freshe, Fraya 1997 - Entre largo e Praca, matriz e catedral: a Sé dos cartoes postais paulistanos. *Cadernos de campo* 5 e 6 (ano 5). San Pablo.
- Géraud, Marie-Odile 2002 - *Esthétiques de l'authenticité*. Ethnologie française «Dossier : Touriste, autochtone: qui est l'étranger?». Presses Universitaires de France.
- Gravari-Barbas, Maria 1999 - La ville-décor : accueil de tournages de films et mise en place d'une nouvelle esthétique urbaine. *CYBERGEO*. France.
- Hall, Stuart 1985 - Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post-Structuralist Debates. *Critical Studies in Mass Communication* 2 (2): 91-114.
- Hannerz, Ulf 1996 - *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Frónesis, Cátedra, Universitat de Valencia.
- Lacarrieu, Mónica 2003 - Nuevas políticas de lugares: entre recorridos de la utopía y recorridos del progreso en la ciudad de Buenos Aires. En M. Welch Guerra (coord.) *La ciudad en cuestión*. Editorial Biblos-Fadu [en prensa].
- Lash, Scott & John Urry 1998 - *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Le Menestrel, Sara 2002/03 - L'expérience louisianaise. Figure touristique et faux-semblants. *Ethnologie française* «Dossier : Touriste, autochtone: qui est l'étranger?». Presses Universitaires de France.
- MacCannell, Dean 1989 - *The Tourist: a New Theory of the Leisure Class*. Macmillan, London.
- Miranda Vieira, Natalia 1999 - "A Imagem Diz Tudo?" O espaço urbano como objeto de consumo. *Bahia Análise & Dados* 9 (2). Salvador.
- Puig, Toni 2002 - Se acabó la diversión. En Lacarrieu y Álvarez (comps.) *La (indi)gestión cultural. Una cartografía de los procesos culturales contemporáneos*. Ediciones Ciccus-La Crujía, Buenos Aires.
- Rauch, André 2002/3 - Le tourisme ou la construction de l'étrangeté. *Ethnologie Française*, «Dossier : Touriste, autochtone: qui est l'étranger?». Presses Universitaires de France.
- Ryan, Chris, Karen Hughes & Sharon Chirgwin 2000 - La contemplación, el espectáculo y el ecoturismo. *Annals of Tourism Research en Español* 2 (1). Islas Baleares, España.
- Rifkin, Jeremy 2000 - *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*. Paidós, Estado y Sociedad, Barcelona.
- Torres Ribeiro, A. & F. Sánchez García 1996 - City Marketing: a nova face da gestao da cidade no final de século. En Reis, Tavares y Fry (orgs.). *Política e Cultura. Visoes do Passado e Perspectivas Contemporaneas*. Anpocs-Editora Hucitec, Sao Paulo.
- Urry, John & Carol Crawshaw 1995 - Turismo e Consumo Visual. *Revista crítica de ciencias sociais, turismo, cultura e lazer* 43 (outubro). Coimbra, Portugal.
- Urry, John 1996 - *O olhar do turista. Lazer e viagens nas sociedades contemporaneas*. Studio Nobel, San Pablo.
- Yúdice, George 2001 - "Para una ecología cultural: Artículo horizontal de conclusión". En Lluís Bonnet (coord.) Seminario *Nuevos retos y estrategias de las políticas culturales frente a la globalización*. Realizado en el Instituto de Estudios Catalans, Barcelona [noviembre de 2000].

FUENTES PERIODÍSTICAS

- Castilla, Américo 2002 - "El Estado no interpreta la demanda cultural". En: Notas, *La Nación*, Buenos Aires [martes 12 de Febrero: 15].
- Clarín* 1997 - "Construirán un centro turístico bajo el Obelisco". En: Información general, *Clarín*, Buenos Aires [domingo 16 de Noviembre: 41].
- Grosman, Eleonora 2001 - "El lado oscuro del paraíso turístico". En: La Situación Brasileña, Internacionales, *Clarín*, Buenos Aires [sábado 14 de julio: 37].
- Wullich, Mariano 2002 - "La Buenos Aires que hoy ven los extranjeros". En: Información General, *La Nación*, Buenos Aires [domingo 10 de marzo: 21].